

LA REBELION DE TREBLINKA

Por V. Grossman

La vida en el infierno de Treblinka supo de un día de felicidad! Los alemanes se habían equivocado, por cierto: los condenados a muerte gozaron no por la sumisión ni por el yugo, sino por la temeridad de los valientes.

El plan de la sublevación nació en la mente de los cautivos. No tenían qué perder: todos estaban irremisiblemente sentenciados. Cada día era de más sufrimientos y torturas. Todos habían visto personalmente la comisión de delitos horrendos y los alemanes no salteaban a ninguno, a todos los esperaba la cámara de gas: a los pocos días de haber empezado un trabajo se los mandaba al crematorio y otros, que integraban nuevas caravanas de desdichados, ocupaban el lugar que dejaban libre.

Sólo unas decenas de personas vivieron en Treblinka más que horas o días: varias semanas o algunos meses... Eran operarios calificados -carpinteros, panaderos, sastres, peluqueros- que servían a los alemanes. Precisamente ellos formaron el comité de rebelión.

Únicamente seres condenados a muerte -seres en quienes anidaba una cruel ansiedad de venganza, un feroz sentimiento de odio- podían trazar un plan de rebelión tan detallado. No querían huir antes de arrasar Treblinka, y la arrasaron.

En las barracas de los operarios cautivos aparecieron armas: picas, cuchillos, palos. A qué precio se adquirió cada una, cuantos peligros entrañaba obtenerlas! Cuánta paciencia, ingenio y agilidad hizo falta para esconder las armas en las barracas y ponerlas a salvo de las inspecciones! Se preparó un depósito de nafta para echarla sobre las instalaciones del campamento e incendiarlo. ¿Cómo se almacenó el combustible? ¿de qué manera desapareció sin dejar rastros, como si se lo hubiese tragado la tierra? Todo eso reclamaba esfuerzos sobrehumanos, inteligencia, voluntad de acero, temeridad fabulosa. Por último los sublevados excavaron un túnel debajo de la barraca donde los alemanes almacenaban las armas. La osadía y el dios del esfuerzo los sostuvieron. Los sublevados se dividieron en grupos de cinco personas cada uno. Del depósito de armas sustrajeron decenas de granadas de mano, ametralladoras, carabinas, revólveres. Ocultaron ese botín en escondites subterráneos. El portentoso e intrincado plan de la rebelión fue trazado minuciosa y detalladamente. A cada uno de esos quintetos se le asignó un objetivo preciso. El plan en sí y su matemática exactitud -tanto en lo que atañe al cálculo como a la ejecución rayaban en lo prodigioso. Un quinteto debía asaltar las barracas donde se alojaban los esbirros armados con ametralladoras. Otro atacaría por sorpresa a los centinelas que montaban guardia en los pasadizos entre las plazoletas del campamento. El tercero se

lanzaría contra los carros blindados. El cuarto cortaría los cables de teléfono, el quinto acometería contra el edificio del cuartel, el sexto iba a franquear el paso por entre las alambradas de púa, el séptimo debía colocar un puente sobre las zanjas de protección antitanque, el octavo empaparía con nafta los edificios y les prendería fuego, el noveno habría de arrasar todo lo que le viniese a mano...

Se dispuso reunir dinero para los que lograsen escapar. Un médico varsoviano se encargaba de esa tarea, pero estuvo a punto de echar a perder todo. Uno de los oficiales nazis vió que del bolsillo de su pantalón asomaba un fajo de billetes (el médico llevaba esa suma a un escondite). El oficial fingió apacibilidad pero se apresuro a comunicarlo a Kurt Franz en persona. No era cosa habitual, por supuesto. Franz mismo interrogó al médico. Sospechó que se tramaba algo serio, pues para qué necesita dinero un hombre condenado a muerte? Inició sus averiguaciones con parsimoniosa severidad. Nadie lo igualó nunca en torturas y tenía la certeza, por otra parte de que nadie podría resistirsele. Pero el médico varsoviano lo engañó: ingirió veneno.

Uno de los sublevados me contó mucho después que en Treblinka nunca se había puesto tanto empeño en salvar la vida de un hombre... Franz intuía que el médico moribundo se llevaba un secreto importante al más allá, el veneno alemán, sin embargo, surtío con meticulosidad su efecto y el secreto no se reveló.

A fines de julio el calor sofocante asfixiaba. Cuando se abrían las fosas se elevaba de ellas una columna de humo que parecía subir por tubos gigantes. La fetidez hedionda y la insoportable temperatura de los hornos mataban a la gente. Los enjutos que arrastraban cadáveres solían caer inertes sobre las redes de las hornallas del crematorio. Miles de millones de insectos repulsivos y satisfechos se arrastraban por el suelo o revoloteaban en el aire. Se había incinerado los últimos cien mil cadáveres.

Se dispuso la rebelión para el 2 de agosto. La señal sería un tiro de revolver. Una nueva llama se elevó pujante: no era el fuego turbio, el homo grasoso que salía de cadáveres incinerados, sino una llama clara y brillante. La llama de un incendio! El fuego se llevó los edificios del campamento y los sublevados pensaron que el propio sol se había rasgado en franjas para que Treblinka ardiera con más premura, para celebrar su gloria en ese momento de libertad y altivez.

Las descargas de armas de fuego atronaron el espacio, las ametralladoras lanzaron una lluvia de proyectiles desde las barracas ocupadas por los sublevados. Con un estruendo jubiloso -como si doblasen las campanas de la verdad- estallaron las granadas de mano. El aire se estremeció, los edificios se desplomaron, el zumbido de las balas silenció el de las moscas que aleteaban sobre los cadáveres. En el espacio centellaron picas rojas de sangre. Ese día 2 de agosto corrió por el averno de Treblinka la sangre pecaminosa de los vandálicos miembros de la S. S.; al cielo azul se elevó un canto de victoria celebrando la fiesta de la venganza tomada.